7. Mi visión del Padre Ignacio de Madrid

ANTONIO LINAGE

Yo conocí al P. Ignacio de Madrid en Montserrat, en la semana anual que allí celebró el año 1965 la Sociedad Española de Estudios Monásticos.

Eran los buenos tiempos de ésta. Se había acertado al constituirla como un grupo de interesados en la materia y decididos a tratarla con rigor estudioso pero asequible a un círculo más amplio que el de los estrictos especialistas, un punto de encuentro entre los historiadores del monacato y los simpatizantes de sus valores y curiosos de conocer su evolución. La revista *Yermo*, en el monasterio del Paular, era de hecho su órgano, y todavía hoy su colección atrae por sus referencias bibliográficas que cual exponente de aquel estado de cosas a la fuerza inmerso en un contexto de cambio y hecho él mismo historia ya.

Tengo muy viva la estampa del P. Ignacio en aquella reunión. Impecablemente enfundado en su hábito, su figura elevada y serena nada tenía que envidiar a sus hermanos que nos legó Zurbarán en sus lienzos.

Alguien comentó allí entonces que los jerónimos eran muy conservadores y querían restaurar el siglo XV. Es evidente que se trataba de una opinión superficial. Aunque acaso hubiera que reconocer en ella una explicación aparente en la sensibilidad del P. Ignacio y sus monjes hacia su propia historia.

Yo he insistido en el valor que para todos ellos tiene el conocimiento de la misma y su cultivo, con unas posibilidades de insertarse en su manera de vivir en el claustro, de su misma vocación incluso. La fraternidad entre ellos no solo tiene una dirección horizontal y espacial, sino también vertical y temporal. Ese fue el caso, en su plenitud, del P. Ignacio.

Por otra parte hay que darse cuenta de la responsabilidad de que aquellos jerónimos se consideraban investidos, dada su índole aún vigente de restauradores de un pasado interrumpido por un largo silencio que a la fuerza hubo de ser poco esperanzado hasta brillar una lucecita, la suya misma, en los caminos de la providencia.

Desde entonces han pasado, pasaron muchas cosas en la Iglesia y sus órdenes consagradas, en el mundo y en España. Ya en aquellos días montserratinos había permanencias cuyo mantenimiento intacto se sentía como provisional. Recuerdo por entonces el comentario de François Mauriac a las exequias del poeta Paul Claudel en Notre Dame de París, su impresión de haber sido también, pese a su intangibilidad en esa hora, los funerales de un gran culto.

Ahora el P. Ignacio se ha ido con sus hermanos de todos los siglos. Yo le sigo viendo entre los que captaron la inspiración de Zurbarán. Hecho historia en un presente vivo. *Et perducant te in civitatem sanctam Ierusalem.*